

GEMMA LIENAS

El diario azul de Carlota



El diario azul de Carlota

GEMMA LIENAS

Nunca había imaginado que llegarían a existir unos cuantos diarios de Carlota, cada uno de un color diferente. De hecho, cuando me inventé este personaje pensaba que protagonizaría una novela —*Así es la vida, Carlota*—, y ya está. Sin embargo, años más tarde, las ganas de rehabilitar los términos *feminismo* y *feminista*, ensuciados, vapuleados, adulterados, tergiversados, descafeinados y envenenados por muchas personas —todas ellas al servicio del orden establecido: el masculino— y la necesidad de reivindicar una lucha —la de los derechos de las mujeres— todavía lejos de haber conseguido sus objetivos, me impulsaron a convencer a Carlota para que lo contara ella misma, con su voz y ejemplos propios, e intentara trasladar el mensaje a la gente joven. Y el mensaje del diario violeta de Carlota caló no sólo entre la gente joven, sino también entre la gente adulta. Bueno, si hay que ser fieles a la verdad: entre muchas adultas y unos cuantos adultos.

Mientras Carlota escribía el diario violeta, yo me di cuenta de que había aparecido un tema muy importante

que no podía liquidarse en tres o cuatro páginas: la sexualidad, pero en el diario violeta ya no había espacio para hablar de él. Sin quererlo —como me pasa con todas las ideas para mis libros—, el embrión fue desarrollándose en mi cerebro, y cuando me di cuenta, había crecido tanto que tuve que convencer a mi personaje para que escribiera *El diario rojo de Carlota*. Muy pronto tuvimos claro que sin la perspectiva de un chico, el libro andaría cojo: daría el punto de vista femenino sobre la sexualidad, pero no el masculino. Rápidamente me puse a crear un personaje adolescente que pudiera escribir un diario con ojos de chico, hasta que Carlota me dio un codazo y me recordó que ya teníamos a uno: Flanagan, y que sus padres literarios, Andreu Martín y Jaume Ribera, hombres polifacéticos y con ánimo suficiente para apuntarse a cualquier locura, probablemente estarían encantados de participar en el experimento. El resultado —*El diario rojo de Carlota*— interesó nuevamente a un público lector que oscilaba —si mis cálculos no fallan— entre los trece y los setenta y cinco años.

Y de nuevo, mientras Carlota tecleaba sin descanso —y ligaba con dos chicos de primera división, para qué negarlo—, yo era consciente de que había aparecido un tema que empezaba a pedir otro diario. Cuando le dije a mi adolescente de papel que íbamos a escribir *El diario azul de Carlota* arrugó la nariz. «¡Explotadora!», me espetó. Pero cuando le conté cuál sería el tema, cambió totalmente de actitud. «¡Cuenta conmigo!», me dijo. Un diario sobre la violencia de género es vital, porque en el mundo, cada dieciocho segundos una mujer sufre una agresión por el hecho de ser mujer, o sea, por culpa de los estereotipos de género que pesan sobre ella.

¿Qué quiere decir esto? ¿Que las mujeres tienen una naturaleza que tiende a aceptar golpes? Rotundamente no. ¿Que los hombres tienen una naturaleza que los incita a la agresión? De ningún modo. Esto quiere decir que, en todo el mundo, hay una estructura social —la patriarcal— que se fundamenta en las desigualdades entre hombre y mujer, concediendo preponderancia a los hombres. Para mantener esta desigualdad, los hombres recurren a la violencia; la sociedad la tolera y las mujeres la sufren.

Las mujeres luchan por desbaratar esos desequilibrios. A lo largo de la historia de la humanidad, lo han intentado varias veces, pero sólo ahora, a finales del siglo xx y principios del xxi, se han dado por primera vez en la historia unas variables que pueden llegar a hacerlo posible:

- Las mujeres tienen cada vez más acceso a la educación. Hay menos probabilidades de que una mujer con instrucción acepte un papel secundario. Una mujer con instrucción posee una independencia de criterio que la ayuda a no aguantar determinadas situaciones.
- Las mujeres tienen cada vez más acceso a los métodos anticonceptivos (a pesar de los esfuerzos en sentido contrario por parte de grupos fundamentalistas masculinos). Una mujer que controla los embarazos y decide cuándo y cuántos hijos e hijas quiere tener es una mujer que puede incorporarse al mercado de trabajo y que goza, por tanto, de independencia económica.
- La Tierra se está convirtiendo en un mundo globalizado, lo cual tiene muchos aspectos negativos, pero algunos positivos. Uno de esos aspectos positivos es el hecho de que en el planeta haya una gran movilidad de

personas y, consecuentemente, de ideas. Y a medida que esto vaya a más, será más difícil mantener a las mujeres aisladas para que no les lleguen las ideas de igualdad. Y naturalmente, cada vez más mujeres de todas las culturas se apuntarán.

- Sin olvidar que las mujeres estamos creando redes —gracias, entre otras cuestiones, a Internet, un medio barato al que tenemos acceso—, y estas redes nos permiten transmitir mensajes de igualdad y llevar a cabo campañas de apoyo que nos mantienen estrechamente unidas y esperanzadas.

Dicho todo esto, podríamos preguntarnos si estamos cerca o lejos de erradicar la violencia de género. Yo diría que lejos, muy lejos, pensamiento que puede calificarse de pesimista, pero que yo veo más bien realista. Cualquier revolución —y la que estamos librando las mujeres en la Tierra lo es— se cobra víctimas. Las personas apegadas al poder patriarcal no renunciarán fácilmente a ese poder. Por eso, durante unos años todavía veremos incrementar el número de víctimas. Lucharemos para que sean pocas, pero, en cualquier caso, los exabruptos del poder patriarcal no harán fracasar la revolución.

Dado que otras violencias, como la escolar o la infantil, operan a partir de mecanismos similares a los de la violencia de género, Carlota convino conmigo en incluirlas en el libro. De modo que, finalmente, aquí tenéis *El diario azul de Carlota*, cuyos testimonios son reales y actuales, y en los que sólo se ha modificado el nombre de las personas y otras cuestiones que facilitarían su identificación.

Después de escribir este diario, Carlota, que es un culo

inquieto, escribió dos diarios más: *El diario amarillo de Carlota*, sobre drogas, y el *El diario naranja de Carlota*, sobre inmigración y derechos humanos. Os preguntaréis si habrá otro diario de Carlota... Pues ahora mismo no os lo quiero decir. Y espero que Carlota guarde el secreto.

GEMMA LIENAS

Listado de páginas web:

<http://www.nodo50.org/mujeresred/>

<http://www.mujeresenred.net/donesenxarxa/>

<http://www.redfeminista.org/>

<http://www.pangea.org/dona/>

<http://www.acosoescolar.info/>

<http://www.apramp.org/>

<http://www.fbernadet.org/es>

<http://www.fapmi.es/>

<http://www.educarenigualdad.org/>

<http://www.ahige.org/>

<http://www.gemmalienas.com/>

Berta se acerca hasta la escalera donde Mireya, Elisenda y yo estamos sentadas, descansando. Con mucha habilidad, Berta aprovecha la baranda tubular que llega hasta la escalera para hacer una pirueta. Salta encima del tubo, que queda colocado entre la segunda y la tercera rueda, y se desliza por encima convirtiéndolo en una suerte de riel.

—¡Ostras! ¡Un *grind* perfecto! —chilla Elisenda.

Mireya se ha quedado con la boca abierta y yo grito entusiasmada:

—¡Ey! ¡La bomba, Berta!

—Más bomba es lo que os voy a contar ahora —contesta ella, después de saltar del tubo y frenar justo delante de nuestros pies.

Observamos expectantes cómo se saca el móvil del bolsillo lateral de sus pantalones «carga» y mueve a continuación el pulgar sobre las teclas del menú para buscar en su agenda de direcciones.

—Mirad —dice triunfal, y nos planta el móvil debajo de nuestras narices.

En la pantalla vemos escrito «Narciso» y debajo un número de teléfono.

—¡Hala! —gritamos las tres a la vez. O tal vez no decimos lo mismo, pero sí que expresamos igual admiración con idéntica intensidad. Y es que, francamente, haber conseguido el teléfono de Narciso tan pocos días después de haber empezado el curso es toda una proeza.

Narciso es un chico nuevo de la clase. Está como un queso. Las tiene locas a todas. A mí, no...

—Os lo podéis quedar —digo.

Mis amigas se lo toman en broma.

—¡Uuuuuuh! —protestan a la vez para demostrar que no me creen.

—Lo digo en serio —me reafirmo—. Este año he decidido que nada de novios. El lío que viví con Flanagan y Koert¹ y, sobre todo, haberlo dejado primero con Flanagan y, unos meses después, con Koert me ha dado ganas de descansar.

—¿Estás segura? —pregunta Mireya, que no se imagina la vida sin novios.

—¡Y tan segura! —digo—. Me declaro en vacaciones sentimentales. Tengo ganas de disfrutar de mí misma. ¿No os habéis fijado que ellos, los chicos, son capaces de hacerlo?

Todas mueven la cabeza para decir que sí.

—Pues he llegado a la conclusión de que ellos son capaces sólo cuando son jóvenes. Fijaos que, de mayores, siempre necesitan una mujer a su lado. En cambio a nosotras nos pasa al revés. De mayores somos capaces de vivir so-

1. Ver *El diario rojo de Carlota*. Gemma Lienas. Ediciones Destino.

las y pasarlo la mar de bien. Sin embargo, de jóvenes, no entendemos la vida sin estar pegadas a un chico.

Mis amigas reflexionan. Pronto empiezan a encontrar a su alrededor ejemplos de la teoría que me he sacado de la manga.

—Sí. Mi tía tiene cincuenta años y se separó el año pasado. Dice que ahora que está completamente sola, empieza a vivir la vida.

—Pues mi tío, al revés: se quedó viudo a los cincuenta y dos y le faltó tiempo para buscarse una jovencita que tiene la edad de sus hijos.

—Y en casa, yo tengo el ejemplo de mis padres: mi padre, que ya vive con Lidia; y mi madre, que no vive con nadie —digo yo. Y añadido—: Pues bien, no quiero esperar a tener cincuenta años para saber lo que es vivir conmigo misma.

Dejamos la discusión en este punto porque tenemos que volver a casa; casi es la hora de cenar.

A las nueve de la noche, me digo a mí misma que ha sido un domingo la mar de pacífico. Todo ha ido como la seda: he pasado el día leyendo tumbada en la cama, el chinche que tengo por hermano no ha puesto la música a todo gas, mamá ha mirado la pila colosal de ropa en mi silla y ha hecho como si no la viera, he comido un succulento arroz negro gentileza de mamá y Marcos, y la patinada de la tarde con la pandilla ha resultado perfecta.

En definitiva, pongo la directa en la recta final del domingo con un estado de ánimo bastante bueno a pesar de que mañana toca entrar en la rutina de la semana. Me re-

pantigo en el sofá para ver el telediario, y dos minutos después siento, por decirlo de forma poco trágica, que el mundo está enfermo.

—¡Espantoso! —dice mamá.

—¡Qué horror! —dice Marcos.

Es evidente que el ánimo de mi madre y el de mi hermano sintonizan con el mío. Hay que ver, que sólo dos minutos basten para dejarnos la moral bajo cero. Dos minutos, los necesarios para que los titulares con que abren los telediarios nos hayan avanzado imágenes e informaciones para poner los pelos de punta.

Las tres primeras noticias son de violencia doméstica, dice la presentadora.

—Violencia de género —rectifica mamá, que ya lo hace de vez en cuando esto de corregir a todas las personas que hablan en la tele. Y añade—: Después os lo cuento.

La presentadora prosigue explicando que entre el sábado y el domingo ha habido en España tres mujeres muertas a manos de sus parejas, ya fuera el marido, compañero sentimental, novio o ex. A una, de veintinueve años, el asesino la ha matado de una paliza. Dice el tío que estaban discutiendo y que se le ha ido la mano, pero que no tenía intenciones de matarla.

—No, si ya se ve, ya —dice mamá con voz de acero—. Intentaba resolver el conflicto pacíficamente, ¿verdad?

A otra, de cuarenta y tres años, continúa la presentadora, el asesino la ha estrangulado con el cinturón. En las imágenes del reportaje, un periodista acerca el micro a un vecino, que se apresura a dar su opinión: la mujer chateaba, y el marido, convencido de que se había enamorado de otro por Internet, la ha liquidado.

Mosqueada, miro a mamá. Como no dice nada, lo suelto yo:

—¡Vaya jeta! —exclamo—. Aunque sea verdad, el tele-diario no tendría que emitirlo, ¿no crees? Es un disparate poner la alcachofa en la boca del primero que pasa...

—Tienes razón. Planteada de esta manera, la información induce a interpretaciones retorcidas. Muchas personas seguro que ya tienen en la cabeza, aunque sea de forma involuntaria, la idea de que él la ha matado, sí, pero que ella, al provocarlo, se lo ha buscado.

Tercera noticia: una chica de dieciocho años ha sido hallada muerta en su casa con un cuchillo clavado en el corazón y signos evidentes de haber sido violada. Las pruebas inculpan al novio, la última persona con quien fue vista. El novio dice que no puede afirmar ni desmentir que haya sido él; que no se acuerda de nada porque iba ciego de alcohol y cocaína.

—Muy cómodo eso de no acordarse, ¿no?

—¡Y qué burro el tío! —dice Marcos—. No sé por qué lo confiesa. Si tienes un accidente de coche y encima das positivo en la prueba de alcoholemia, ¡estás perdido! Te cae un puro más gordo que si no estuvieras colocado. Y a él le pasará lo mismo...

—Pues no —aclara mamá—. En este caso, la cocaína y el alcohol serán atenuantes y no agravantes.

Marcos me mira, perplejo. Yo también lo estoy. Mamá hace un gesto para que nos callemos.

Más noticias de este fin de semana: dos coches bomba en Bagdad, con el resultado de ciento veinticinco muertos y un montón de heridos.

—Los efectos colaterales de la guerra de Irak que empe-

zaron Bush, Blair y Aznar contra la opinión de ciudadanos y ciudadanas del mundo —digo.

—Al paso que van, pronto no quedará nadie vivo en ese país.

—Quizá sea eso lo que pretendían; de esa forma, Occidente conseguía el control del petróleo —dice mamá socarronamente. Y añade—: Ya se ve que el trío de la gasolina también había hecho un cursillo intensivo sobre la resolución pacífica de conflictos.

Y todavía más noticias terroríficas: el huracán *Katrina* ha devastado la ciudad de Nueva Orleans. Más de diez mil personas —por cierto, todas negras, todas pobres— están esperando a que las saquen del centro de convenciones donde las obligaron a refugiarse antes de que la ciudad desapareciera bajo las aguas cuando los diques de contención del lago Pontchartrain y del río Misisipí se rompieron. Llevan tres días sin agua potable, sin comida, sin ningún tipo de higiene, sin información, totalmente abandonados a su suerte...

—Como si estuvieran en el tercer mundo —explica Marcos.

—Ya ves, hay zonas de Estados Unidos que lo son, y personas que viven en condiciones muy precarias en el país más rico de la Tierra —comento yo.

—Y en París —dice mamá señalando la pantalla, que muestra ahora la imagen de un hotel en llamas.

La presentadora cuenta que el fuego comenzó probablemente por culpa de un cortocircuito. Parece ser que las instalaciones eléctricas de algunos establecimientos hoteleros de baja categoría son antiguas y roñosas. Y también, que en estos edificios casi ruinosos es donde el gobierno

instala a los y las inmigrantes, de modo que entre las doce personas muertas, no figura ni una francesa, ni de piel blanca, ni rica.

—Y en lo que llevamos de verano ya van tres incendios colosales —digo yo. Y me estremezco sólo de pensar en la cantidad de niños y niñas que se han quemado este agosto en la capital francesa.

—¡Cuánta violencia! —suspira mamá.

—Mujer... —quiere precisar Marcos—, las muertes de las mujeres y los atentados en Bagdad sí que lo son, pero no creo que las ciudades que se inundan por culpa de los huracanes o los edificios que se queman debido a un problema eléctrico tengan algo que ver con los actos violentos...

—Pues sí, de alguna forma eso también es violencia. Mira lo que ha pasado en Nueva Orleans. Las autoridades saben que el huracán será realmente destructor y dan la orden de evacuar la ciudad. Pero tú no dispones de coche para marcharte, ni tampoco de tarjeta de crédito para sobrevivir en otro estado. ¿Cómo pretenden que huyas? ¿Y quiénes son los que están atrapados en el centro de convenciones, o sea, los que no han podido abandonar la ciudad? ¿Los ricos que vivían en los barrios elegantes de la ciudad o los más desfavorecidos?

—Los que no tienen recursos —dice Marcos—. Que, por cierto, si te fijas son todos negros, porque yo no he visto a blancos...

—¡Exacto! Es una forma de discriminación y, por lo tanto, de violencia. Como lo que ha pasado en París, donde las personas muertas eran inmigrantes alojados en edificios sin las condiciones mínimas.

—¡Ah! —reclama Marcos—. Nos tienes que contar por

qué hay que hablar de violencia de género y no de violencia doméstica.

—Así como tampoco de violencia familiar —puntualiza mamá—. Porque si usas las expresiones *doméstica*, es decir, dentro de casa, o *familiar*, o sea, relativa a la familia, parece que te refieras solamente a la que se produce dentro de las cuatro paredes de casa.

—O sea, un hombre que mata a su ex pareja... —apunto.

—Sí. O bien un hombre que la zurra. Pero en cambio, todas las situaciones de violencia social, que las hay y muchas, o las de violencia laboral quedan difuminadas detrás de las expresiones *doméstica* o *familiar*. Además, si lo dices de esta forma, parece que estés hablando de una cuestión privada, que debe resolverse en privado. No olvidéis que durante años, y no hace mucho de eso, se consideraba que lo que pasaba dentro de casa afectaba sólo a los de la familia y, por lo tanto, nadie debía intervenir.

—«Entre marido y mujer nadie se puede meter», dice el refrán —les recuerdo.

Mamá asiente y continúa:

—En cambio, si decimos «violencia de género», queda claro que se trata de una cuestión pública que afecta a toda la sociedad y no únicamente al hombre que pega a su pareja. Además, «de género» significa que es una violencia específica que reciben las mujeres en todo el mundo por el hecho de ser mujeres, es decir, por su género...

—Sexo, querrás decir —interrumpe Marcos.

—No, quiero decir género. O sea, es una violencia que no depende de la biología, es decir, de tener un pene, sino de la cultura, de la forma en que han sido educados los hombres.

Mamá nos mira con expresión dubitativa. En seguida continúa:

—Me parece que ya os lo he contado otras veces: el sexo es biología. El sexo es la condición orgánica con la que nacemos los seres vivos, lo que hace que seamos hembras o machos. El género, en cambio, es cultura; son las características que la sociedad establece para una mujer o para un hombre. Como se aprenden, son modificables. Por ejemplo, en el siglo XVIII el filósofo Rousseau escribió en un libro suyo muy conocido: «A casi todas las niñas pequeñas les desagrada leer o escribir, en cambio, les encanta aprender a coser».

—¡Puf! —exclamo yo, a punto de tirarme por el suelo en un ataque de incredulidad. Nunca he soportado el tema «hilo y aguja» y si he aprendido a coserme un botón o el dobladillo de los pantalones es porque en casa se han empeñado en que Marcos y yo seamos autónomos. Leer, en cambio, es mi pasión, más que para la mayoría de chicos de mi clase.

—Es posible que en el siglo XVIII las niñas no tuvieran demasiado interés en aprender a leer —dice mamá—, pero no porque fuese una característica sexual, sino porque era una característica de género, o sea, algo que aprendían. Durante siglos, a las chicas no les estaba permitido el acceso a la formación y, en cambio, les enseñaban labores. Por eso mismo preferían la aguja. Pero ahora, tanto los chicos como las chicas tienen la obligación de aprender a leer y, tanto unos como otras muestran interés por esta actividad. O sea, esta característica de las niñas se ha modificado porque es una característica de género, no de sexo.

—De acuerdo —dice Marcos—, no sé si ya me lo habías

contado alguna otra vez, pero ahora me parece que no lo olvidaré.

—La violencia de género, entonces —mamá reempren-
de el discurso—, es una violencia específica que sufren mu-
chas mujeres en el mundo sólo por el hecho de serlo, conse-
cuencia de las desigualdades que tradicionalmente se han
dado entre hombres y mujeres. Estas desigualdades tienen
su origen en la sociedad patriarcal, cuya idea básica es que
los hombres son superiores a las mujeres. Educados en esa
concepción, los hombres se consideran legitimados para
utilizar la violencia contra las mujeres. Y ellas, al haber sido
educadas como seres inferiores, acaban por creérselo.

—Y esto de la sociedad patriarcal, ¿cómo y cuándo co-
menzó? —pregunta Marcos.

Suena el teléfono. Mamá dice que lo coja yo, que seguro
que es alguna de mis amigas...

—¡Qué pesadas! —añade Marcos.

—¡Tú sí que eres un pesado! —Me levanto para ir a
buscar el teléfono mientras digo—: Mamá, no continúes
hasta que yo vuelva.

—De acuerdo —dice.

Uno a cero a favor de mamá: es Mireya.

—Tengo muy poco rato para hablar —le digo porque,
aunque me gusta charlar con ella, me pica la curiosidad
por lo que nos estaba contando mamá.

—¿Control maternal? —dice ella.

Yo no le contesto y dejo que se imagine que tengo órde-
nes estrictas de no colgarme del teléfono más de cinco mi-
nutos.

—Como no te conectabas al Facebook, he tenido que
llamarte —se justifica.